

EL SANTO SEPULCRO Y LA DOLOROSA

EN LOS ANDES CENTRALES DEL PERÚ

Cinco de la tarde. El sol ilumina el verdor de los santos Apus que rodean la ciudad. La Catedral a medias iluminada por este brillante sol. Pero el viento es tenaz y sopla por la Plaza Constitución de Huancayo ciudad. El cielo azul. Azulísimo. La lluvia no llegó. En medio de la Plaza una bandera negra inmensa a media asta. En el centro una inmensa cruz roja.

Suenan las campanas y del atrio erigido en la Calle Real sale la música. De flautas. De violines. De voces humanas. Mujeres. Hombres. El Santo Sepulcro hace su aparición en la puerta de la Catedral. Lleno de alhelies y coronitas de flores andinas. Bien en alto. La banda de la policía entona unos compases y se callan y se impone la música celestial. De las flautas. Cellos. Violines. Voces que son palabras. Con esos tonos de tristura y misticismo que a veces sorprenden en los momentos más inesperados.

El recorrido es lento y largo. Precedido de banderas ondeantes se abre paso el cadáver. No tan exquisito. Ensangrentado. Golpeado. Desnudo. Coronado por unas espinas que aterrorizan. Y causan mucha compasión.

Desde el otro la Plaza se acerca majestuosa la Dolorosa. Inmensa. Cargada por mujeres. Con sus espadas clavadas con inquina en el corazón y sus lágrimas que salpican las alfombras de flores que van deshaciéndose. La expectativa es general. El que más espera que pase algo. Qué!? Pero sólo la música celestial se impone y el intenso olor a incienso y mirra. Humo perfumado. Recuerdos de la misa.

Se detienen ambos a cierta distancia y se hacen tres reverencias en medio de pétalos de flores que vuelan al viento. La Dolorosa se abre paso con ternura. Y pasa el Kristo. El Crucificado. Majestuoso él también en su iniquidad. Los Apus sonríen complacidos.

La tarde se va yendo. Los violines dan paso a una quena y un tambor y a un desgarrador canto en quechua. Duro. Dulce. Palabras al viento. Y la multitud se mueve tras sus Santos. Su Virgen. Su Dios. Los Apus sonríen complacidos otra vez. La tarde se sigue yendo. El viento golpea y la multitud se mueve tras sus Santos. Su virgen. Su Dios. Y así se va la procesión. Pasando sobre alfombras de flores que se han trabajado durante días. Colores al viento. Colores Santos. Polvo al polvo. Pétalos a la tierra otra vez.

Del negro majestuoso atronador del luto y la tristessa y congoja a las calles multicolores. Arco iris de santidad. De creyentes. De Creyentes de la Piedra.

ricardo quesada

En el valle del Mantaro entre Apus y Díoses

